



Graciela Batticuore

MARIQUITA SANCHEZ

Bajo el signo de la revolución

BIOGRAFÍAS ARGENTINAS



edhasa

Librería García Camborio

GRACIELA BATTICUORE nació en Buenos Aires, en agosto de 1966. Es doctora en Letras por la Universidad de Buenos Aires. Se desempeña como investigadora independiente del CONICET y profesora de Literatura Argentina del siglo XIX —ámbito de su especialización— en la Universidad de Buenos Aires y en la Universidad Torcuato Di Tella. También es miembro del comité editorial de la revista *Mora* (Instituto Interdisciplinario de Estudios de Género, UBA). Ha publicado artículos en revistas nacionales y extranjeras, es autora de *La mujer romántica. Lectoras, autoras y escritores en la Argentina: 1830-1870* (Edhasa, 2005. Primer Premio de Ensayo Fondo Nacional de las Artes); *El taller de la escritora. Veladas Literarias de Juana Manuela Gorriti. Lima-Buenos Aires: 1876/1877-1890* (1999); y responsable de la edición de *Cincuenta y tres cartas inéditas a Ricardo Palma. Fragmentos de lo íntimo* (Perú, 2004) y de las compilaciones de ensayos *Fronteras escritas. Límites, desvíos y pasajes en la literatura argentina* (en colaboración con Loreley El Jaber y Alejandra Laera) y *Resonancias románticas. Ensayos sobre historia de la cultura argentina. 1810-1890* (en colaboración con Klaus Gallo y Jorge Myers, 2005).

ÍNDICE

Prólogo	11
Capítulo 1. En perspectiva.....	17
1. Escribir.....	17
2. Cuando la vida era triste y monótona	23
3. Tesoros virreinales	26
4. La ignorancia colonial.....	30
5. El derecho a elegir.....	38
6. Historia de un juicio	43
7. Bajo el signo de lo nuevo.....	50
Capítulo 2. La patria.....	63
8. Patriotas de la primera hora	63
9. La casa del Hímnio.....	72
10. Sobre un lienzo	82
11. Tribulaciones de un patriota.....	88
12. Altamar	92
13. Nuevas alianzas.....	97
Capítulo 3. La casa	105
14. Una Buenos Aires modernizada.....	105
15. La casa en el mapa	110
16. Decorados	117
17. La casa en la historia.....	125
18. Interiores.....	128
19. Las tramas del poder.....	134
20. Intrigas diabólicas	146
21. Rosas y Mariquita: dos viejos conocidos	156
Capítulo 4. El trato	171
22. Desde el exilio	171

23. Médica de corazones.....	173
24. Bagatelas	178
25. La escritora y su público.....	187
26. La escuela del trato: cartas y salones	194
27. Los libros y las lectoras.....	200
 Capítulo 5. Los papeles.....	207
28. Corresponsalías políticas	207
29. Cartas robadas	214
30. Cronista de una guerra imposible	215
31. Los trabajos y los días	226
32. Pasiones	233
33. Libertad, libertad.....	236
34. Ideas y tendencias	238
35. Ilustrada y romántica	243
 Capítulo 6. Los gastos	249
36. Mendigando fortuna.....	249
37. Cuentas	254
38. Pérdidas	260
39. Legados	266
40. Cajas y cajoncitos	270
41. Hilachas	274
42. Un golpe de suerte	279
43. El paraíso	286
 Apéndice. Mariquita doméstica	291
1. Recetas y obsequios.....	291
2. La casa en el tiempo.....	300
 Bibliografía	303
Agradecimientos.....	313

Estamos acostumbrados a pensar en Mariquita Sánchez como un personaje vinculado al pasado nacional, a la historia. Se sabe de ella que fue una mujer prominente de comienzos del siglo XIX, asociada a la vida política y a las maneras en que se concebía y se practicaba la política en el Buenos Aires de esa época. De hecho, una de las imágenes suyas quizá más recordadas hasta hoy es la que la muestra entonando el Himno Nacional Argentino en el marco de una tertulia llevada a cabo en su casa porteña de la calle Florida, allá por el año 1813, cuando López y Planes junto a Blas Parera encontraban letra y música para la primera melodía nacional. Puede decirse que aquel cuadro –pintado en el Centenario por el artista chileno Pedro Subercaseaux y que se exhibe actualmente en el salón principal del Museo Histórico Nacional– corona todo un imaginario acerca de Mariquita, que venía labrándose desde hacía algunas décadas atrás y que la erige como una figura representativa del patriciado argentino. Más concretamente, como una de aquellas damas de la elite que colaboraron con la causa revolucionaria donando sus joyas o cosiendo escarapelas. Para un argentino promedio, el nombre de Mariquita Sánchez remite hoy día a esos referentes.

Sin embargo, el compromiso de Mariquita con la revolución no concluye en un par de anécdotas pintorescas. E incluso, su faceta de mujer politizada no se agota en el contexto de Mayo sino que está presente antes y después en la cultura argentina: por ejemplo, podemos verla entusiasmada y activa ante la movilización que se produce en la sociedad porteña con la llegada de los ingleses al Río de la Plata, en 1806 y 1807; moderna y comprometida con la causa rivadaviana en la década de 1820, cuando fue elegida como Presidenta de la Sociedad de Beneficencia (la primera institución gubernamental liderada por mujeres); o emprendiendo más tarde el camino del exilio junto a J. M. Gutiérrez, J. B. Alberdi, E. Echeverría, D. F. Sarmiento y la camada de escritores románticos con los que dialogó de igual a igual y compartió muy estrechamente la oposición al gobierno de Juan Manuel de Rosas. Y todavía después de Caseros, ya

casi octogenaria, podemos reencontrarla en Buenos Aires colaborando con la política educativa del general Urquiza. O sea que está casi siempre inmersa entre círculos que se sienten a la vanguardia de su época y cuyos miembros la consideran como una colaboradora y una *interlocutora* valiosa: un *referente* entre los suyos, *la única mujer letrada de comienzos de siglo* que estaba calificada para opinar.

Mariquita consigue ese reconocimiento a través del dominio de una sociabilidad que sabe ejercer con arte a lo largo de su vida, preferentemente puertas adentro de su casa: organizando tertulias, reuniendo personalidades locales o extranjeras, ejerciendo una “influencia civilizadora” que prestigia y da razón de ser a la anfitriona. Así concebida, la casa familiar está lejos de ser un reducto meramente privado: en su interior se forjan amistades valiosas y se consolida una férrea red de vínculos que sostiene las relaciones con el poder en diferentes etapas de su vida. Por eso mismo es que la casa reclama por parte de su dueña un gran esfuerzo: inversiones, capital, y un trabajo cotidiano e intenso. De hecho, montar y desmontar casas o soñar con ellas fue una constante en la vida de Mariquita Sánchez: en especial la casa emblemática de la calle Florida donde nació y murió ocho décadas más tarde. Y que fue sede del Consulado Francés en Buenos Aires hacia finales de 1820, cuando su dueña estuvo casada (en segundas nupcias) con el francés Jean Baptiste Washington Mendeville. Juntos se encargaron de refaccionarla y remodelarla “a la moderna”. Pero también se ocupó Mariquita ferientemente de las otras casas que fue cambiando más tarde y arreglando después de cada mudanza: las que habitó en Montevideo durante los largos años en que vivió exiliada en aquella ciudad. E incluso la que la albergó durante su estancia temporaria en Río de Janeiro a fines de la década del cuarenta. Y también la casa que nunca llegó a tener en París, adonde mandó muebles y objetos esperando volver a unirse a Mendeville, después de que su carrera diplomática lo decidiera a partir definitivamente del Río de la Plata.

La casa la representa a Mariquita adonde quiera que vaya: “La casa es la vida”, escribió en alguna de sus cartas. Y la frase sintetiza bastante bien la relevancia de este asunto, que permite recomponer la biografía de Mariquita Sánchez desde una perspectiva que presta singular atención a los aspectos *materiales* de su historia personal: los gastos, los consumos, las deudas, el dinero. Vale decir, los recursos que nece-

sitó –y de los que se valió– esta mujer para sostener su posición social y política e ir labrando, a su vez, un perfil de mujer letrada fuertemente abocada a la esfera cultural y literaria. En este sentido, veremos que sus competencias tampoco se agotan en la arena política.

Por el contrario, Mariquita fue también una *escritora* prolífica: de cartas, de memorias, de diarios y poesías. Una escritora que no alentó la publicación de sus escritos ni la fama literaria. Aunque ocasionalmente soñara con una obra o un proyecto personal: “Escribir la historia de las mujeres de mi país”, le cuenta a su hija. Y más tarde, ante la publicación de un libro de su amigo Gutiérrez le confiesa: “Yo habría pensado y deseado hacer esa obra, es decir, hubiera querido saber hacerla, y para consolarme de mi impotencia, me decía: y ¿quién la leerá?”. En parte, la ambigüedad de Mariquita en este punto se explica en el hecho de que ella supo ser, a un tiempo, *ilustrada y romántica*: esto es, amante de la “razón” y la “moderación”, muy propias del siglo de las luces. Pero también sensible a los ideales estéticos que marcaban el rumbo de las nuevas tendencias literarias en el Río de la Plata, y que llegaban de la mano –y la pluma– de amigos dilectos: Esteban Echeverría, Domingo Faustino Sarmiento, José Mármol o el propio Juan María Gutiérrez, entre otros. Junto a ellos –y pese a la diferencia generacional– Mariquita fue parte de la *troupe* de “jóvenes” que intentaron llevar adelante la “revolución romántica” en el Río de la Plata.

Su inclinación por “lo nuevo” la hizo *moderna* aún cuando no dejaba de mirar con admiración el siglo XVIII europeo: precisamente, la cultura de los salones franceses donde otras afamadas anfitrionas de antaño departían con filósofos y literatos, creando un ambiente de ideas alternativo al que imperaba en la corte. El ambiente donde empezaba a emerger una opinión *crítica e independiente* respecto de la monarquía. *En ese espejo se mira Mariquita* y ésa es la tradición a la que imaginariamente suscribe cuando crea el clima de sus propias tertulias, a un lado o al otro del Río de la Plata. Puede decirse, en este sentido, que ella supo tomar lo mejor de la herencia iluminista y reubicarla en el cambiante escenario que se abre en las colonias americanas después de la Revolución francesa. Un escenario donde se impone un cambio de paradigma político que trastoca radicalmente el orden a las costumbres y la vida cotidiana.

En el caso particular de Mariquita, la ruptura con los códigos de la vida virreinal (y la sintonía con las “nuevas ideas”) se manifestó en ella

muy tempranamente: por ejemplo cuando decidió entablar un juicio de disenso contra su madre, para reclamar al Virrey Sobremonte que la autorizara a casarse con el hombre que ella había elegido por marido y al que su familia desdénaba por ser un candidato poco conveniente. Ese hombre era el joven Martín Thompson, que algunos años después integraría el elenco de la Primera Junta de Gobierno. Puede decirse que con sus escasos 16 o 17 años, Mariquita se adentraba ya en la traza de una nueva mentalidad que concebía el “honor” en sintonía con la “libertad”, el “saber”, los “derechos” del individuo (aunque éste fuera mujer). Son estas nociones y valores –tan tributarios de la revolución: la que ya había acontecido en Francia, la que sobrevendría poco después en el Río de la Plata, incluso la que intentarían más tarde los románticos– los que fueron forjando la sensibilidad política e intelectual de Mariquita, y guiándola en muchas decisiones a lo largo de su vida.

Una anécdota: cuando en 1852 Rosas es derrocado en Caseros, Mariquita escribe a sus íntimos celebrando la victoria. Está emocionada, exultante, esperanzada por el futuro que se abre ante sus ojos: “me parece que estoy en el año 10”, le escribe a su hija mientras le pide que le envíe cintas celestes y blancas a Montevideo. La promesa de *libertad* y *derechos*, en cualquier circunstancia que sea, se asocia al mundo de la revolución. Aunque Mariquita por supuesto haya hecho lo propio fuera del escenario donde se libraron las batallas, y aunque sus intervenciones buscaran mitigar *con palabras* el violento accionar de la lucha armada: la conversación, la *civilité*, ese fue su ámbito de competencia. La revolución es para Mariquita sobre todo un conjunto de creencias y valores que funcionan a la manera de una usina que, ante cada acontecimiento importante de la historia personal o de la patria, vuelve a girar y a hacer lo suyo. En otras palabras, sus ideales encarnan a menudo en el semá de la “revolución”.

Como puede observarse, esta biografía intenta no solamente aproximarnos más profundamente al personaje: conocer sus ideas, descubrir sus ilusiones, sondear las confidencias con los íntimos, asistir a los diálogos epistolares con amigos y amigas que revelan detalles, palabras, modos de decir y sentir que vuelven a Mariquita más próxima y palpable. Se trata, además, de visualizar a través suyo los zigzagueantes lazos que entreveran *público* y *privado*, las formas cambiantes que adoptan las prácticas políticas a lo largo de su vida y del siglo. Pero también

se trata de hurgar en la dimensión cultural y literaria, para comprender que en aquellas primeras décadas de la centuria *convivieron* modos y expectativas diferentes de ser escritor/a: una más ligada al pasado dieciochesco, que valoraba el público selecto del salón. Otra más *aggior-nada* y moderna que nacía con el romanticismo y reclamaba “originalidad”, “genio” creativo, y derechos de “propiedad” sobre la obra. El caso de Mariquita Sánchez muestra que las fronteras entre esas dos modalidades son porosas. Y por eso, neoclásicos o románticos la admiraron por igual y la eligieron como una *interlocutora* que podía encarnar como ninguna otra de su tiempo el arte de la sociabilidad: *la cultura del trato*. Un arte que prometía a la vez utilidad y gracia a sus cultores. Y que, como mostraremos a lo largo de este volumen, siguió funcionando como ideal civilizador durante gran parte del siglo XIX.

Buenos Aires, mayo de 2011

EN EL PANTEÓN DE LA MITOLOGÍA POPULAR, Mariquita Sánchez es la dueña de la casa donde se cantó por primera vez el Himno Nacional. También, a veces, se recuerda que proporcionó a los patriotas información relevante durante las Invasiones inglesas. ¿Pero quién fue esa mujer singular que se recorta solitaria en el paisaje de hombres que hicieron la Argentina de la primera mitad del siglo XIX?

Si se analiza con atención ese período, desde mediados de la primera década hasta la Confederación presidida por Urquiza, se la verá siempre a ella. Formó parte activa de diversos círculos intelectuales, en los que participó como interlocutora; fue amiga de Moreno, Castelli, Monteagudo; mujer de confianza de Rivadavia, a quien ayudó a organizar la Sociedad de Beneficencia (dos veces la presidió); confidente y aliada de los escritores locales más importantes de su tiempo: Echeverría, Alberdi, Gutiérrez, Sarmiento. Con ellos compartió la experiencia del exilio durante el gobierno de Rosas, cuya amistad —entablada en la infancia de ambos— no le impidió declararse opositora cuando lo creyó oportuno.

Encarnó el legado de los valores de la Europa ilustrada en una América cambiante y atravesada por la revolución, y consiguió el reconocimiento gracias al dominio de una sociabilidad que supo ejercer con arte a lo largo de su vida, preferentemente puertas adentro de su casa: organizando tertulias, reuniendo figuras locales o extranjeras, ejerciendo una "influencia civilizadora" que la prestigió como anfitriona. Y también como escritora: de cartas y crónicas, de diarios y poesías que se publicaron después de su muerte, pero que en su época circularon de mano en mano y fueron leídas con devoción.

Al cabo, Mariquita Sánchez es un prisma que permite enfocar las convergencias entre público y privado, los estrechos lazos entre historia, política y literatura en la Argentina del pasado. Esta excelente biografía de Graciela Batticuore hace justicia a un personaje más rico de lo supuesto, un hilo conductor de la vida en sociedad, que revela la complejidad de la primera Argentina y el rol ejemplar que ejerció una mujer que fue más allá de los límites que su tiempo pautaba.

ISBN 978-987-628-134-8



9 789876 281348